

es voluptuoso, las llamas de la hoguera proporcionan delicias, el dolor es un placer y la tortura una felicidad; no hay en el mundo más que un desgraciado, Señor; este desgraciado es el malvado.

*
**

En los comienzos del mundo, cuando, sorprendidas las nubes, contemplaron creadas todas las cosas; cuando en la tierra, en la que ya había germinado el mal, flotaba aún el resplandor del edén desaparecido; cuando el tiempo iba dejando transcurrir los años, en el mundo, en el que la carne se funde con el espíritu, reinaba absoluto silencio, y el desierto, los bosques, las olas del mar, las hierbas de los campos, las rocas y los animales feroces conmovidos, veían de un antro obscuro, cubierto de árboles enormes, salir dos viejos altos, desnudos, augustos y siniestros. Eran Eva y Adán; aquella con el cabello blanco y éste pálido y taciturno, enve-

jecido por el trabajo, pero sin perder la visión de Dios. Se sentaron sobre una roca, a la vista de altos y salvajes montes y a la vista de la eternidad de los cielos; silenciosos, apoyando las manos en las rodillas, volviéronse las espaldas; oprimidos, como si les agobiase un gran peso, sin hacer más movimiento de vida exterior que inclinar la cabeza más a cada momento, absortos, sumergidos en estupor silencioso y fatal, fríos y lividos, contemplaban, uno de ellos terminar el día y el otro extenderse la noche, y mientras iban apareciendo las estrellas, y mientras la primera ola daba en el infinito el beso nocturno a los primeros alciones; mientras que las flores caían a puñados de una urna y los astros brillaban en el obscuro celaje, pensaban y meditaban aquellos dos seres, sin oír y sin ver, sordos al murmullo del mar y a los rugidos del viento; y allí permanecieron taciturnos y llorando toda la noche los abuelos del género humano, el padre por Abel y la madre por Caín.

Marine-Terrace, septiembre de 1855.

LIBRO SEXTO

AL BORDE DEL INFINITO

I

EL PUENTE

Densa bruma me envolvía. El abismo que no tiene playas ni cimas, estaba ante mí, inmenso y silencioso; nada en él se movía. Se extraviaban mis mi-

radas en el infinito mudo; en su fondo, al través del espeso velo de la sombra, apenas se distinguía a Dios, como lejana y mortecina estrella. A solas hablando conmigo mismo, exclamé:—«Alma mía, para cruzar ese abismo, en el que no se ve ningún borde, y para que con tantas tinieblas llegases hasta Dios, sería necesario levantar un puente colo-

sal sobre millones de arcos, y esto nadie lo podrá conseguir jamás; llora, pues, alma mía.»—Entonces se me apareció un blanco fantasma, que tenía la forma de una lágrima, frente de virgen, y manos de niño que al juntarse producían rayos luminosos. Me mostró el abismo adonde va a parar todo el polvo humano, abismo tan profundo, que jamás en él suena un eco, y me dijo:—«Si quieres, yo construiré ese puente.» Hacia el pálido desconocido levanté la vista, y lleno de estupor le pregunté:—«¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?» El desconocido me contestó:—«Soy la oración.»

Jersey, diciembre de 1852.

II

IBO

Decidme, ¿por qué en el muro de lo insondable, en la inmensa tenebrosidad del cielo; por qué en ese gran santuario, mudo y bendito; por qué en el sudario inmenso de lo infinito hundís vuestras leyes eternas y vuestros resplandores? Ya sabéis que tengo alas y que puedo volar.

*
**

Verdades, ¿por qué os veláis tras de las tinieblas, por qué huís del hombre siempre, que el mal destruya o edifique, que se arrastre o que se eleve? Justicia, tú sabes bien que volaré hacia ti.

*
**

Belleza santa, ideal que brotas en los desdichados, que das entereza a los es-

píritus y grandeza a los corazones; amor, razón, fe, derecho, ya sabéis que os adoro; libertad que te ocultas, yo volaré hacia vosotros.

*
**

Podéis, claridades de Dios, vivir en la profundidad inconmensurable del abismo azul, que mi alma, que está habituada desde la cuna al abismo, no se asusta de las nubes; soy un pájaro como el ser que soñaba Amós y que San Marcos vió aparecer, ostentando en la cabeza el ala del águila y la melena de los leones.

*
**

Yo estoy provisto de alas y mi vuelo es seguro; vuelo por el azur tranquilo y por el celaje tempestuoso; subo escalones incontables porque deseo saber, y por alto que sea necesario subir, subiré.

*
**

Conocéis bien la fortaleza del alma, sabéis que nada teme cuando la empuja el soplo de Dios; sabéis que mis pies no vacilarán al ascender por la escala que llega hasta los astros.

*
**

El hombre en el sombrío Océano de estos tiempos alborotados, debe hacer como Prometeo y como Adán; debe arrebatarse al cielo el fuego eterno, descifrar su propio enigma y subir hasta Dios.

*
**

Necesita el hombre que en su choza, que combaten los vientos, penetre la luz de la virtud. Inútilmente huye de la ignorancia y de la miseria; la suerte se apodera de él y no le deja salir de las tinieblas; es necesario que el pueblo se substraiga de esa dura ley y que al fin el gran mártir conozca el gran secreto.

*
**

El amor, en la era obscura que pronto acabará, dibuja ya la vaga figura del porvenir. Dios escribe las leyes de nuestro destino en el mundo, y si esas leyes son un misterio, yo soy un espíritu. Yo soy el que por nada se detiene, el que siempre prosigue su camino hacia Jehová;

*
**

Yo soy el poeta salvaje, el hombre del deber, el soplo del sufrimiento, la boca de la negra trompeta, el soñador que en sus registros anota a los vivos, el que lanza fúnebres estrofas a los cuatro vientos, el visionario alado, el atleta de nervudos brazos, y yo arrastraré al cometa por el cabello.

*
**

Lograré apoderarme de las leyes de nuestro problema, y pálido pensador, mago azorado, lo resolveré. ¿Por qué

ocultármelas? Pasaré a través de vuestras llamas y de vuestras olas, leeré la inmensa Biblia, entraré desnudo en el tabernáculo terrible de lo ignoto, traspasaré las puertas sagradas del cielo, y si al llegar allí ruge la tormenta, yo también rugiré.

En el dolmen de Rozel, enero de 1855.

III

Escuchadme. Yo soy Juan, y acabo de tener horribles apariciones. He visto la sombra infinita en la que se pierde el número, las visiones que se aparecen a los réprobos, he visto a los que se traga el abismo insondable, el cielo, el éter, el caos y el espacio. Mortales, vengo de esos puntos y sé lo que en ellos sucede, y os aseguro a todos, hasta a los que viven en las entrañas de los bosques, que el Señor, el Dios de los espíritus y de los profetas, lee vuestros pensamientos y sabé todo lo que hacéis. No ignorando esto, continuad si gustáis, grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, entregados a vuestras pasiones; el avaro al oro, el envidioso puede seguir arrastrándose y mordiendo, el glotón devorando, el perverso cometiendo iniquidades, el que es cobarde y vil siéndolo siempre; que yo, viendo vuestras pasiones, vuestros desvaríos y vuestros furiosos, le he dicho a Dios:—«Señor, ved a qué extremo hemos llegado, mirad cómo está el mundo y ved cómo los hombres desatan los lazos que debían unirlos.» Y Dios me contestó:—«Ya lo veo; voy a defender al mundo.»

Serk, julio de 1853.

IV

SE DEBE CREER, PERO NO EN NOSOTROS

Porque distribuimos unos cuantos panes y algún fardo de ropa interior a algunos pobres necesitados; porque arrojamos los restos de la comida y las migajas a algún niño desgraciado o a algún viejo extenuado, nos creemos virtuosos, nos creemos caritativos y aspiramos el incienso de las alabanzas. Y vituperando a Dios por esto y por aquello, creyéndole causa de las desgracias, censurándole porque llueve, porque hace calor o porque hace frío, hace el rico su propia apoteosis; el rico que, saciado, perezoso y soberbio, deja que caigan algunas monedas de su palacio sobre los que el invierno hiela y el hambre ataca; ese rico, que brilla porque da una parte mezquina de lo que le sobra al que no tiene lo suficiente, y que por que hace alguna limosna al desvalido, se queda satisfecho y cierra los ojos para no ver su propia miseria; porque si tiene lo superfluo, el pobre no tiene lo indispensable; se cree justo y se cree bueno porque no es malvado. ¡Creéis que somos buenos! ¡Creéis que somos nuestra madre la naturaleza, y veréis que nuestros corazones son fríos y egoístas, si se les compara con la bondad suprema que ella derrama por todas partes. De cualquier cosa nos jactamos. Dios hace brillar el alba en el cielo sin contar sus rayos, y derrama el rocío en las flores sin medir las gotas; nosotros no hacemos nada meritorio; nuestras virtudes podrían encerrarse en el hue-

co de la peña que sirve de bebedero a un pájaro. El hombre mejor no es bueno; el hombre es tan frágil que mezcla mucho humo con sus virtudes. El beneficio que nuestras manos lanzan con tanto orgullo, se evapora muy pronto en nuestra vanidad; hasta prodigándole a los menesterosos con aire compasivo, tenemos tanto orgullo, que nuestro oro se convierte en ceniza. Dios, que es el único que juzga, ama, perdona, engendra, construye y funda, ve nuestras soberbias con honda compasión. Somos efímeros transeuntes que para nada debemos contar con nosotros, sino con él. Pensemos y vivamos teniendo siempre en nuestra mente, no demos un paso que no conduzca a la oración, porque las perfecciones de la tierra, después de la muerte, brillarán tan poco, que las eclipsarán las estrellas. Dios únicamente puede salvarnos. Es un delirio creer que los resplandores que derramamos aquí abajo, serán en las alturas resplandores de gloria. Por mucho bien que hiciera en la tierra el que aquí se llama justo, excelente, generoso y grande, en las regiones celestiales será siempre un hombre, esto es, será la noche ante el día; su amor parecerá odio comparado con el amor infinito, y todo su brillo, al aparecer ante Dios, exclamará:—«¡No soy más que tinieblas!» «Dios sólo es grande»—exclama la brizna de hierba;—«Dios sólo es verdadero»—murmuran las olas;—«Dios sólo es bueno»—susurran los vientos. Mortales, no os hagáis ilusos; no os embriague el funesto orgullo de creeros mejores que Dios, que coloca los astros en la bóveda de azur, y que os deslumbra, cuando os despertáis, con la maravillosa sonrisa del sol.

Mar'e-Terrace, diciembre de 1854.

V

EN EL CEMENTERIO DE SAN JUAN

I

Yo soy el hombre encorvado que dice todo lo que piensa; que interrogo a la noche, cuyas sombras impiden que vean los ojos, el secreto del silencio; mis palabras caen en tinieblas impenetrables, y los objetos con los que mis estrofas chocan producen el sonido hueco del sepulcro.

*
**

Mi espíritu, que sintió la picadura del aguijón de la duda, áspero visionario, habita en las regiones fantásticas que llenan olas azules y grises; lago espantoso, en el que el horror se retuerce los brazos; pálida ninfa, que hace beber un agua estancada como la linfa a los peñascos escrofulosos.

*
**

La duda, hija espuria de la anciana sabiduría, exclama: — «¿Para qué?» Ante la eterna largueza, que hace que todo lo olvidemos, nos ofrece su taciturno refugio y nos dice: — «¿Estás cansado? ¡Ven conmigo!» Y el hombre se queda dormido a la sombra de ese fatal manzanillo.

*
**

El efecto suspira y continuamente pregunta la causa. La creación parece

que esté esperando algo. El hombre es incomprensible para sí mismo. ¿Dónde comienza el alma? ¿Dónde termina la vida? Deseamos, y nuestro insaciable deseo es poder ver por encima de la muralla.

*
**

Nos arrastramos; pájaros cogidos por el lazo del ser, libres y presos, lo inmutable penetra en nuestro espíritu; cautivos bajo la red de todo lo necesario, sentimos que atan hilos a nuestras miserias en la inmensidad.

II

Estamos encerrados en una mazmorra cuya puerta no se abre; pero al través de la obscuridad, en una mano desconocida e invisible que pasa a menudo, se oye el manojito de llaves misteriosas que suenan confusamente.

*
**

La aparición del ser llenó los ojos del hombre. Incesantemente se consuma el incomprensible ayuntamiento de la sombra con la luz; ¿este mundo es un edén caído en el infierno? Encierra nuestro corazón tinieblas de odio y resplandores de amor.

*
**

La creación tiene las miradas turbias. El ser presenta eternamente su doble faz, el mal y el bien, el hielo y el fuego; el hombre está compuesto de alma

pura y de impuro cuerpo, siente la maldad del reptil y el beso de Dios.

*
**

Pero llegan ciertos días en los que el alma se queda melancólica y como solitaria. Oímos cómo gimen los mortales durante el sacrificio. Dudamos y temblamos, mientras la aurora esparce sus blancas claridades y mientras mayo confunde en los jardines las pintadas flores con los niños de rubias cabelleras.

*
**

¿Qué nos importa el alba, ni la luz, ni los astros, flores de los capiteles celestes, diamantes de los pilares del firmamento; qué nos importa que mayo nos acaricie, que el niño nos recree, si todo no es más que un suspiro, si todo no es más que una lágrima, si todo no es más que un instante?...

III

La suerte nos va gastando por momentos, su rueda da vueltas sobre nosotros. El hombre inquieto y vano cree caminar, y permanece y expira creyéndolo así; nuestra vida tiene la duración de un segundo y queremos disponer de un año, y la dimensión de nuestro destino es el polvo, es la nada.

*
**

La inmensidad del infinito, en la que los soles nos parecen diminutos, nos seduce, y al blanco que distinguimos en

el éter azul lanzamos nuestros planes, nuestros deseos, las esperanzas y las ilusiones, esas flechas de nuestras almas.

*
**

Queremos vivir siempre, ser eternos. ¡Oh vanidad de nuestra ceniza! ¿Dónde está la hormiga que se llamó Alejandro? ¿Dónde está el gusano que se llamó César? Cada minuto que pasa nos mata, y desaparecemos del mundo tan rápidamente como desaparece el ruido que producen las ruedas de un coche.

*
**

Queremos emprender el asalto del tiempo como si fuéramos un ejército. Sobre nuestros grupos confusos, que envuelve el humo de los desvanecidos días, brilla la eternidad, radiante y estancada, y el cuadrante, escudo de la hora luminosa, con sus fulgores nos aterra.

IV

En el momento en que decimos: — «¡Vivamos!» todo se desgarrará, las lágrimas reemplazan a las risas. ¡Descubríos y postraos de hinojos! ¡Tus hijos han muerto, mi padre ha muerto, su madre ha muerto! ¿Qué es lo que veo pasar? Un ataúd. ¿A dónde lo lleváis?

*
**

¡Lo llevan a las tinieblas, al silencio, a la tierra, a la tranquila paz, a la bru-

ma perpetua, al profundo misterio, a la serpiente desconocida, que lame la estrellas y que besa a los muertos!

V

Lo llevan a los gusanos, a íá nada, al quién sabe! Porque para la mayoría de los hombres escépticos y limitados, la sombría negación y la materia hostil perturban al alma vana.

*
*
*

Para ellos el cielo es mendáz, el hombre sueña y cree vivir; hojean inútilmente página a página todo el libro, porque no le entienden; vive meneando negativamente la cabeza en el vacío.

*
*
*

Para ellos el alma naufraga cuando el cuerpo zozobra. A su juicio, la imaginación tiene los ojos huecos y las miradas miopes; para ellos la nada es el fin, y haciendo mofa de la bóveda estrellada, en vez de una esperanza con alas, llevan en el corazón una calavera.

*
*
*

Cuando los astros y las flores les dicen:—«Es preciso creer», ellos contestan a las flores y a los astros:—«¡ Sois unos imbéciles!» Cuando el árbol les murmura al oído:—«Dios existe», esos insensatos responden:—«¡ No!»

*
*
*

¡Qué fatal ignorancia! ¡La semilla niega al sembrador! El universo no es para esos seres más que un vasto delirio sin objeto y sin fin; su alma, agitando la honda inmensidad, ni siquiera siente en ella la existencia, y en el escabel del mundo no oyen que suena Dios.

VI

El coche fúnebre traspasa las puertas del cementerio. La alegre mañana, que sonríe a la naturaleza, está radiante en medio de aquel luto; todo ser encierra un misterio, al que se abre su alma y la ofrece al infinito; el astro aporta a la aurora y el hombre aporta el ataúd.

*
*
*

Se descubre la fosa; por algunas partes las losas cubren tierra fresca; se oye tocar a muerto; aquéllas se abren como si fueran pupilas; la mariposa blanca pregunta:—«¿Quién ha construído esos sepulcros?» y la flor responde con un quejido.

VII

¿Castigáis, Señor, a esas losas sepulcrales, someténdolas a largas agonías? ¿Acaso, más profundos que las raíces de los árboles, los Cambises y los Neronés se habrán convertido, en la eterna noche, de hombres en espectros, y esas piedras en sepulcros de tiranos?

el cielo se abre para el justo que a él ascendió, celoso quizá del perro que ladra y del asno que pasa, piensa y exclama:—«¡ Y yo estoy aquí!»—¡ Dios mío, quien así habla es quizás un Borgia!

*
*
*

Señor, tened piedad de todos esos miserables; salvad a esos náufragos, amad a esos malvados; en nombre de los inocentes indultad a los criminales. Como padre, cerrad el infierno; como juez, en nombre de las víctimas perdonad a los verdugos.

*
*
*

De todas partes se os dice que tengáis compasión. Los pueblos desnudos, azotados y trabajando sombríamente, viendo que su Señor prodiga eternos castigos, compadecen al déspota, que goteando la sangre de sus crímenes, lloran por los tormentos que estarán sufriendo.

*
*
*

Las pálidas naciones asomadas al abismo y los grandes, suplicantes, por el tirano que sufre te suplican, ¡oh, Señor!; el esclavo puesto en cruz, el oprimido en su opresión, tienen compasión del sátrapa.

*
*
**
*
*

¿Esas losas, bañadas de crímenes, sofocadas por el horror, selladas en los abismos, sin aire, sin movimiento y sin luz, entre la hierba siniestra y el ataúd vivirán horrorosamente?

*
*
*

¿Serán, quizá, almas condenadas de seres malditos, que durante millones de años, entregadas al remordimiento, en lugar de ver salir de los ojos del sol rayos brillantes, habrán sido castigadas a ver salir gusanos de los ojos de los cadáveres?

*
*
*

¡Problema desconocido del castigo! ¡Enigma indescifrable! Una de esas piedras puede exclamar:—¡ Yo he destruído a Tebas!; otra: ¡ Yo era Belo en Tyro!; otra: ¡ Yo era Sila en Roma!— ¡Obscura cautividad de los antiguos tiranos! ¿Qué sois, piedras sepulcrales?

*
*
*

¿Qué hizo ese bloque, abierto en la fosa, helado por el frío de la tierra, ciego ahora y castigado, que quizá piensa y se acuerda...? ¡ Tal vez es el sepulcro de Tiberio!...

*
*
*

Ese duro pedernal, hundido en la tierra, que las tinieblas cubren, mientras

Dirigid una mirada misericordiosa a esos reclusos tenebrosos que aprisiona

la tierra con pesados cerrojos; a esos da, y el alma ve salir de ella, como una forzada cuyo calabozo está dentro del columna de humo, la sombra del infisepulcro, y quitadles, atendiendo a las nito. plegarias de los justos, las tuercas de los tornillos.

*
**

Tened misericordia del monstruo y de la roca, de todos esos condenados que en otro tiempo fueron reyes en los combates, de todos esos forajidos que produjeron tempestades en el mundo, que causaron horror a las fieras y que cayeron más bajo que ellas.

*
**

¡Piedad para ellos! Sed clemente con el junco, que fué príncipe; con el gusano, que fué juez, porque el malvado es un loco. Señor, abrid las puertas al maldito; indultad al infame; dad alma al tigre y alas al guijarro.

*
**

Misterio, obsesión del espíritu que piensa, escala de las penas y de los premios, noche que termina en claridad, sonrisa que nace del tormento, visión del sepulcro, ¿eres una quimera o eres una realidad?...

VIII

La tumba, liaga de las entrañas de la tierra, está abierta y hace temblar a la verde hierba y al amarillento matorral; siempre está fría, tranquila e inanima-

Y los pájaros, que se ciernen sobre todas las cimas, que vuelan por todos los cielos, comparando los abismos en sus viajes aéreos, recuerdan la alta cumbre del Vesubio, la profundidad del Océano soberbio, y dicen, mirando las fosas:—«¡Estas son más profundas!»

IX

Quando vuela el alma, restituimos el cuerpo a la naturaleza y acaba la vida mortal; está ya fuera del tiempo, del espacio y del número, y el cadáver desciende al abismo profundo de la noche.

*
**

¿Qué queréis sacar de ese abismo insondable? ¿Por qué en lo que no puede ser medida os empeñáis en dejar caer la sonda? ¿Qué queréis sacar de allí? ¿El adiós lejano y cariñoso de los seres que amamos, su mirada, su supremo suspiro, su último beso?

*
**

¿Qué queréis sacar de ese profundo abismo? ¿Algún estremecimiento del vacío, en donde todo cae, algún ruido, alguna claridad, alguna letra de la labra que sólo Dios puede escribir? ¿Queréis esto para que obtengan vuestras risas una parte de la eternidad?

las violetas y cubre con los ojos que te dan los esqueletos las alas de las mariposas.

*
**

¿Deseáis sacar tal vez el secreto de esa espantosa sima, la fría gota que, como lágrima de la nada, rezuma en la áspera bóveda? ¿Pretendéis sacar algún fulgor azorado y hosco, algún grito que lanza todo lo que mira detrás del sepulcro?

*
**

Es en vano. Los muertos caen. La fosa les ve descender con sus almas justas o culpables, con sus nombres y con el ruido que movieron en el mundo. Cuando llegue el día en que soplen los hálitos celestes, únicamente Dios volverá a subir todas esas urnas llenas de la eterna noche.

X

La tierra, agitando las zarzas de su superficie, dice:—«El hombre ha muerto»; bien: ¿qué puedo yo hacer? ¿Por qué me lo devolvéis? Tierra, haz de él flores, azucenas, que rocíe el alba; convierte su boca con dientes abiertos en rosa entreabriendo el botón.

*
**

Que su sangre corra en tus manantiales de agua viva, y que tus convidados los bueyes se abreen con ella mugiendo; que de sus azulados senos broten

*
**

¡Fecunda tu vida con la savia que sacas de los muertos; conviértela en torrente que ruja, en musgo que te cubra de fresca alfombra; haz de ella rocas, juncos, viñas, brisas, perfumes, bosques susurradores, turcos llenos de espigas!

XI

Cae la tierra sobre el ataúd, en el que el pálido muerto escucha; el nido gorjea; allá abajo, por el camino del cementerio, el campesino silba; y los hijos, los amigos que acompañan el cadáver, ni siquiera esperan que la fosa esté cubierta para marcharse de allí.

*
**

El sepulturero arroja sobre el féretro la tierra a paletadas. ¡Oh muerto, tú que en el sudario creías que iban a llorar-te eternamente, que veías una blanca paloma revoloteando siempre sobre tu tumba, ya te han dejado sólo en ella!

*
**

¡Ya empieza tu silenciosa soledad! No cambiarás ya de actitud ni de lecho; las horas ya no sonorán para tu

oído; la obscuridad te hace espantoso; el inmóvil sudario ha dejado caer sobre tu forma horrible sus pliegues eternos.

*
**

El enterrador, sentado sobre tu fosa, bebe, come, se sonríe y se chancea, y toma, murmurando canciones bestiales, un vaso con sus manos, que a cada momento tocan los instrumentos de la muerte.

*
**

Cae la noche; el espacio se llena de inquietudes; la hierba tiembla y susurra como una multitud; el río reluce; el paisaje obscuro adquiere venas de mármol; esas hidras, que se llaman árboles, se retuercen durante la noche.

*
**

El muerto se queda solo y siente que la noche le devora. Cuando despunta el día, la aurora, con todos sus hermosos rayos y el canto alegre de los pájaros, llegan y doran los sepulcros; y cuando aparece la noche, toda su sombra cae sobre las tumbas.

*
**

Siente suspiros en las fosas vecinas, y la horrorosa cabellera de raíces penetrar en su ataúd; es el ser vencido de quien se apodera la cosa, y siente un dedo obscuro que levantando sus cerrados párpados, le saca los ojos.

*
**

El cadáver tiene frío; porque la noche le trae con su hálito las tinieblas, el horror, el espectro y las falenas, le hielan en el ataúd; el muerto tiritita, envuelto en blanco sudario, y oye que le hablan en voz baja las cuatro tablas de su féretro.

*
**

Una dice:—«Yo cerraba el arca donde guardabas tu riqueza.»—Otra dice:—«Yo serví de puerta a tu casa.»—Dice la tercera:—«Yo era la mesa donde comías y te embriagabas en los días felices.»—La cuarta tabla dice:—«Yo era la cabecera del lecho de tus amores.»

*
**

Mortales, reid y cantad mientras brilla para vosotros la luz del día; dejad tras de vosotros, tras de vuestras alegrías sin nubes y sin celajes; tras vuestras músicas y los bailes a que os lanzáis, dejad a los muertos que hunde sin cesar en la silenciosa fosa el sepulturero que se llama olvido.

XII

¡ Todos iréis a parar allí !

XIII

¡ Basta ! Levantaos de la mesa. Cada cual seguirá a su vez el terrible camino; cada uno irá hacia él temblando;

cantad, reid, sed dichosos, sed célebres, olvidado con el transcurso de los acontecimientos, que corren tan de prisa que el hombre los olvida.

*
**

La multitud os admira y el cielo os favorece; sois rico, grande, glorioso, popular, altivo e incensado; os preceden vuestros lictores llevando el hacha gravemente, pero vos os iréis sin que nadie sepa por dónde habéis pasado.

*
**

Jóvenes hermosas que brilláis en la aurora de la juventud, palidecen vuestros labios antes de que cese la fiebre del baile deslumbrador; antes de que en las arañas se consuman las bujías, la muerte pone en vuestras frentes el velo de vírgenes que se llama eternidad.

*
**

El conquistador cae de las alturas de sus triunfos y ve desaparecer su espada; el amante pasa con la mujer de sus amores; la cuna adquiere voz sepulcral, y el sonrosado niño se convierte en larva horrible y el estertor de la agonía sale del vagido.

*
**

¿ Saben acaso los hombres hoy lo que pensaban ayer? De sus quimeras, de sus deseos, de sus ilusiones, de sus vanos problemas nada queda; todo lo han

*
**

Las esperanzas y las promesas se pierden en el espacio. La boca que promete es un pájaro que pasa; loco es el que se fía de ella. Las promesas se van donde va el viento en los bosques, donde van las olas del mar.

*
**

Piensa, mortal, en la profundidad de la nada en que vivimos. Cuando yazgas para siempre debajo de la tierra, tus hijos, gastando los días que Dios les conceda, vivirán en la honradez o en el oprobio, pero tú no lo sabrás.

*
**

Lo mismo pasa lo que se sueña que lo que se realiza. Esos espléndidos palacios, esos carros triunfales dando continuas vueltas, esa larga fila de fusiles, esos caballos, negros como garzas salvajes que vuelan en el espacio; todo pasará.

*
**

Todo pasará como un sonido: Pirámide, ves a tus plantas la humilde tienda de campaña y ves cómo el viento la conmueve como un velo; comparándola

te con ella te sientes orgullosa, Cheops, ¿te ha robado un ladrón porque ella es de lienzo y tú eres de granito;

*

**

La modesta tienda exclama: —«¡ Gloria a la magnífica pirámide! Pero un día, relinchando como un caballo númerda, el terrible huracán desencadenará sus furores sobre la arena del desierto, que sustenta a las frágiles tiendas, y la soberbia Cheops caerá al suelo lo mismo que ellas.

*

**

También tú perecerás, a pesar de tu recinto amurallado, ciudad sagrada, y no serás más que un montón de escombros humeantes, y se desesperarán los que te sirvieron y los que te amaron al ver el humo denso que produce tu incendio.

*

**

Sus hijos exclamarán: —«¡ Desventuras de la guerra civil! ¿Qué ciudad igualó nunca a esta? Sus torres llegaban hasta las nubes; sonreía al oír las canciones de sus prostitutas, y hacía correr como bandadas de nubes sus talejes por el mar.

*

**

Ciudad, ¿dónde están tus doctores que te enseñaban a leer? ¿Dónde los domadores de leones que tocaban la lira? ¿Dónde tus luchadores infatiga-

bles? Ciudad, ¿te ha robado un ladrón por la noche? ¿Dónde está Babilonia? ¡Ay! ¡desapareció!

*

**

Ya no se oye el ruido de tus molinos, ni el de los martillos hundiendo los clavos; estás abandonada: ¿dónde están tus bufones? Ningún pasajero subirá por tus pendientes en lo sucesivo, y ya no se verá la luz de las lámparas suspendidas en los techos.

*

**

Brilláis para desaparecer y subís para bajar. El grano de arena le dice al grano de ceniza: —«Devorémoslo todo.» —«¿Dónde está Tebas?» —pregunta pensativa Babilonia. Tebas interroga: —«¿Dónde está Nínive?», y Nínive exclama: —«¿Dónde está Tyro?»

*

**

Y dejando escapar las palabras de su lengua prolija, el hombre se agita y obra, y todos sus actos los espía un ojo fijo; Dios no ignora ningún pensamiento y ninguna acción del hombre; todos los días aquí abajo tienen auroras fúnebres; ¡desgraciados los que para obrar mal se ocultan en las tinieblas y creen por eso que nadie les ve!

*

**

Todos van desapareciendo unos tras de otros; unos al fin de una carrera insensata, otros cuando dan los primeros

pasos: el hombre sobre su pensamiento, la madre sobre su nido; desaparece el que empuña el cetro y el que hace sonar la flauta; nada dura en el mundo, y el padre desaparece tras el abuelo.

*

**

Las razas van a parar adonde todo para en el mundo; cuando las antiguas comienzan a palidecer, las nuevas van siguiendo el mismo camino; y en la eternidad, abismo donde se vacía la tumba, cae incesantemente la humanidad, sombrío río que va a parar a un sombrío mar.

*

**

¡Vigilad! Pensad en los seres queridos que habéis perdido; hablad más bajo, meditad lo que decís; el águila de la muerte nos roza con las puntas de sus alas, y la vida, hora por hora, se va escapando de nosotros.

*

**

¡Partidas vertiginosas! ¡golpes repentinos! ¡misterios! ¡Cuántos que creían hablar sólo para el mundo, con la frente altiva y el corazón soberbio, de pronto, como de súbito se desploma un muro, en medio de una frase dirigida a la muchedumbre se han desplomado en la tumba;

*

**

Y al llegar a la inmensidad se han quedado pálidos y atónitos al ver en el abismo azul de lo infinito, en el que el

enmascarado arroja su careta y el incógnito se revela, que la frase que habían empezado a pronunciar ante los hombres la acababan delante de Dios.

*

**

En el umbral de lo infinito hay un espectro con el dedo puesto sobre la boca. Los muertos parten. La noche con su vara los toca y se encaminan hacia el antro profundo, en el que no penetra ni el más leve rayo de luz, y por allí se disipan. ¿Dónde van? ¡Quién lo sabe! Únicamente sabemos que se van.

*

**

¿Hacia dónde van? ¿Hacia el enigma? ¿hacia el Ser? Al dar el primer paso, como la vela del barco que zozobra, desaparece su blancura, y sólo se oye en la inaccesible sombra el sordo murmullo que produce un torbellino invisible en invisible selva.

*

**